

Santo Tomás de Aquino, maestro de la Doctrina Social de la Iglesia

En sintonía con las distintas iniciativas que se despliegan a nivel mundial en la Iglesia y en diversos centros académicos, en el marco del Jubileo de Santo Tomás de Aquino (2023-2025) que también tiene lugar en la UNSTA, *Filópolis en Cristo* quiere abrir sus páginas para evocar el influjo de su pensamiento sobre la Doctrina Social de la Iglesia. Nada mejor para ello, que en este primer número comenzar recordando las enseñanzas del Magisterio contemporáneo en la palabra del Santo Padre, el Papa Francisco, y de sus inmediatos predecesores (San Pablo VI, San Juan Pablo II, Benedicto XVI), en las que celebran su vida y su obra, reconociendo el lugar eminente que el Aquinate asume en la vida de la Iglesia para el cumplimiento de sus fines apostólicos.

En el VII centenario de la muerte de Santo Tomás, queremos recordar una vez más lo que piensa la Iglesia sobre su función en la orientación de los estudios teológicos y filosóficos. Así se verá claramente por qué la Iglesia ha querido que las escuelas católicas reconocieran y siguieran al Aquinate como “Doctor común” en estas materias. Los Romanos Pontífices sostuvieron con su autoridad la doctrina de Santo Tomás cuando aún vivía; protegieron al Maestro y defendieron también su doctrina contra los adversarios. Y después de su muerte, cuando algunas proposiciones suyas fueron condenadas por autoridades locales, la Iglesia no dejó de honrar al fiel seguidor de la verdad, sino que ratificó su veneración inscribiéndolo en el registro de los Santos –18 de julio de 1323– y concediéndole el título de Doctor de la Iglesia –11 de abril de 1567. De esta manera la Iglesia ha querido reconocer en la doctrina de Santo Tomás la expresión particularmente elevada, completa y fiel de su Magisterio y del *sensus fidei*

de todo el pueblo de Dios, como se habían manifestado en un hombre provisto de todas las dotes necesarias y en un momento histórico especialmente favorable. La Iglesia, para decirlo brevemente, convalida con su autoridad la doctrina del Doctor Angélico y la utiliza como instrumento magnífico, extendiendo de esta manera los rayos de su Magisterio al Aquinate, tanto y más que a otros insignes Doctores suyos. (San Pablo VI, *Lumen Ecclesiae*, en el VII centenario de la muerte de Santo Tomás de Aquino, núms. 21-22)

La Iglesia ha propuesto siempre a Santo Tomás como maestro del pensamiento y modelo del modo correcto de hacer teología (...) El Magisterio ha visto y apreciado en él la pasión por la verdad; su pensamiento, al mantenerse siempre en el horizonte de la verdad universal, objetiva y trascendente, alcanzó “alturas que la inteligencia humana jamás podría haber pensado” (León XIII, *Aeterni Patris*, 4 de agosto de 1879, AAS 11: 18878-1879, 109). Con razón, pues, se lo puede llamar “apóstol de la verdad” (San Pablo VI, *Lumen Ecclesiae*, 20 de noviembre de 1974, nº 8). Precisamente porque la buscaba sin reservas, supo reconocer en su realismo la objetividad de la verdad. Su filosofía es verdaderamente la filosofía del ser y no del simple aparecer (...) A la luz de estas reflexiones, se comprende bien por qué el Magisterio ha elogiado repetidamente los méritos del pensamiento de Santo Tomás y lo ha puesto como guía y modelo de los estudios teológicos. Lo que interesaba no era tomar posiciones sobre cuestiones propiamente filosóficas, ni imponer la adhesión a tesis particulares. La intención del Magisterio era y continúa siendo, la de mostrar cómo Santo Tomás es un auténtico modelo para cuantos buscan la verdad. En efecto, en su reflexión la exigencia de la razón y la fuerza de la fe han encontrado la síntesis más alta que el pensamiento haya alcanzado jamás, ya que supo defender la radical novedad aportada por la revelación sin menospreciar nunca el camino propio de la razón. (San Juan Pablo II, *Fides et Ratio*, núms. 43, 44 y 78).

Hoy quiero continuar la presentación de santo Tomás de Aquino, un teólogo de tan gran valor que el estudio de su pensamiento fue explícitamente recomendado por el concilio Vaticano II en dos documentos, el decreto *Optatam Totius*, sobre la formación al sacerdocio, y la declaración *Gravissimum Educationis*, que trata sobre

la educación cristiana. Por lo demás, ya en 1880 el Papa León XIII, gran estimador suyo y promotor de estudios tomistas, declaró a santo Tomás patrono de las escuelas y de las universidades católicas. El motivo principal de este aprecio no sólo reside en el contenido de su enseñanza, sino también en el método adoptado por él, sobre todo su nueva síntesis y distinción entre filosofía y teología (...) Santo Tomás nos propone una visión de la razón humana amplia y confiada: amplia porque no se limita a los espacios de la llamada razón empírico-científica, sino que está abierta a todo el ser y por tanto también a las cuestiones fundamentales e irrenunciables del vivir humano; y confiada porque la razón humana sobre todo si acoge las inspiraciones de la fe cristiana, promueve una civilización que reconoce la dignidad de la persona, la intangibilidad de sus derechos y la obligatoriedad de sus deberes. No sorprende que la doctrina sobre la dignidad de la persona, fundamental para el reconocimiento de la inviolabilidad de los derechos del hombre, haya madurado en ambientes de pensamiento que recogieron la herencia de santo Tomás de Aquino, el cual tenía un concepto altísimo de la criatura humana. (Benedicto XVI, “Santo Tomás, el teólogo”, Catequesis del 16 junio de 2010)

Discurso del Santo Padre Francisco

A los participantes del XI Congreso Tomista Internacional, organizado por la Academia Pontificia de Santo Tomás de Aquino

Sala Clementina

Jueves, 22 de septiembre de 2022

Palabras improvisadas del Santo Padre:

Me gusta este encuentro después de tantos años porque se trata de reflexionar sobre un maestro. Algunas veces, cuando reflexionas sobre una persona que ha sido creadora de escuelas, filosóficas o teológicas, te arriesgas a instrumentalizar al maestro para decir cosas que me parecen a mí, y con el tomismo pasó esto. Muchas interpretaciones –estoy pensando en una por ejemplo, casuística del tomismo, que ha sido esclava del pensamiento casuístico. Recuerdo el de un español que escribió tantos libros, un tal Losada, creo que se llamaba así, no recuerdo bien, que para explicar el *continuum metafísico* según Santo Tomás, inventó el *puncta inflata*. Así una interpretación de tipo casuístico, de tipo oportunista menosprecia y ridiculiza el pensamiento del maestro.

Cuando queremos explicar el pensamiento de un maestro, el primer paso es la contemplación, para ser recibidos nosotros en ese pensamiento magisterial. La segunda, con timidez, es la explicación. Y, en fin, con mucha cautela, la interpretación, pero esto con mucha cautela. El maestro es un grande, el maestro es el que hace la escuela y el que ha creado una escuela. El maestro es aquel que pone en marcha toda una corriente de pensamiento. Nunca usar al maestro para las cosas que pienso, pero poner cosas que pienso a la luz del maestro, que es la luz del maestro la que interpreta esto.

Permítanme contarles una experiencia de un dominico. En el Sínodo sobre la familia hubo puntos que no estaban claros sobre la doctrina católica y también interpretaciones de Santo Tomás que no estaban claros. En ese momento estábamos realmente en duda porque no podíamos encontrar el camino. Fue un dominico, el cardenal Schönborn, quien nos dio una lección de teología tomista – ¡pero a una altura! –, porque comprendió a Tomás y lo explicó sin utilizarlo, con grandeza.

Vivimos aquella experiencia de aquel gran dominicano, que fue Secretario de la Congregación para la Doctrina de la Fe. Habría más..., pero quiero mencionar esto. Por un lado, hay muchas interpretaciones que reducen el pensamiento del maestro y luego la experiencia de uno, quien lo abrió: “No, esto es lo que dice Tomás”, y probó por lo que dijo. Esto es maravilloso, esto es algo muy grande.

Por esto os pido: antes de hablar de Santo Tomás, antes de hablar del tomismo, antes de enseñar, hay que contemplar: contemplar al maestro, comprender lo que más allá del pensamiento intelectual, el maestro vivió y lo que el maestro nos quiso decir. La señal es cuando reduzco la figura de un maestro a la figura de un pensador, estropeo el pensamiento; le quito la fuerza, le quito la vida. Y Santo Tomás fue una luz para el pensamiento de la Iglesia, y debemos defenderlo de todos estos “reduccionismos intelectuales” que aprisionan la grandeza de su pensamiento magisterial. Esto es lo que quería decirles, además del discurso que traerá cada uno de ustedes. Pero yo quería insistir en decir esto: es un maestro, no es un intelectual como tantos otros, no, es diferente.

Muchas gracias. Y ahora quisiera darte la bendición y luego saludar a los que quieran saludar. Si alguien no me quiere saludar, ino obliigo!

Discurso pronunciado

Cardenales,
¡Distinguidos académicos, señoras y señores!

Estoy feliz de recibir a todos ustedes que han venido a Roma desde diferentes partes del mundo para celebrar el XI Congreso Interna-

cional Tomista. Doy las gracias al cardenal Luis Ladaria por la cortés palabra que me dirigió. Saludo al Padre Serge-Thomas Bonino, Presidente de la Pontificia Academia de Santo Tomás de Aquino, y a todos los académicos presentes. Yo también expreso mi agradecimiento al Cardenal Gianfranco Ravasi quien, como Presidente del Consejo de Coordinación de las Academias Pontificias, ha acompañado la vida de la Academia durante muchos años.

El próximo año será el séptimo centenario de la canonización de Santo Tomás de Aquino, que tuvo lugar en Avignon en 1323. Este evento nos recuerda que este gran teólogo –el “Doctor común” de la Iglesia– es ante todo un santo, un fiel discípulo de la Sabiduría encarnada. Por eso, en la oración colecta de su memoria le pedimos a Dios, “quien lo hizo grande por la búsqueda de la santidad de la vida y la pasión por la sagrada doctrina”, para “entregarnos entender sus enseñanzas e imitar sus ejemplos”. Y aquí también encontramos todo vuestro programa espiritual: imitad al Santo y dejaos iluminar y guiar por el Doctor y el Maestro.

La misma oración destaca la pasión de Fray Tomás por la sagrada doctrina. De hecho, él fue un hombre apasionado por la Verdad, un buscador incansable del rostro de Dios. Su biógrafo relata que de niño había preguntado: «¿Qué es Dios?»¹. Esta pregunta acompañó a Tomás y lo motivó durante toda su vida. Esta búsqueda de la verdad sobre Dios es conmovedora y llena de amor. Así escribe: “Impulsado por una ardiente voluntad de creer, el hombre ama la verdad que cree, la considera en su inteligencia y la abraza con las razones por las que puede encontrar a este propósito”². Perseguir humildemente, bajo la guía del Espíritu Santo, el *intellectus fidei* no es opcional para el creyente, sino parte del mismo dinamismo de su fe. La Palabra de Dios, ya acogida en el corazón, debe llegar a la inteligencia para “renovar nuestro modo de pensar” (cf. Rm 12:2), para que valoremos todas las cosas a la luz de la Sabiduría eterna. Por lo tanto, la investigación apasionada de Dios es al

¹ Petrus Calo. (1911). *Vita S. Thomae Aquinatis*. En D. M. Prümmer (ed.) *Fontes vitae S. Thomae Aquinatis. Revue Thomiste*.

² *Summa theologiae*, IIa-IIae, q. 2, ad. 10.

mismo tiempo oración y contemplación, de modo que Santo Tomás es un modelo de teología que nace y crece en el clima de adoración.

Esta búsqueda de la verdad sobre Dios utiliza las dos “alas” de la fe y la razón. Como sabemos, el modo en que Santo Tomás supo coordinar las dos luces de la fe y la razón sigue siendo ejemplar. San Pablo VI escribió:

El punto central y casi el núcleo de la solución que San Tomás planteó el problema de la nueva confrontación entre la razón y la fe con el genio de su intuición profética, fue la de la reconciliación entre la secularidad del mundo y la radicalidad de Evangelio, escapando así a la antinatural tendencia negadora del mundo y de sus valores, sin por ello, incumplir con las supremas e inflexibles exigencias del orden sobrenatural³.

El cristiano, por tanto, no teme entablar un diálogo sincero y racional con la cultura de su tiempo, convencido, según la fórmula de Ambrosio cara a Tomás, de que “toda verdad, por quienquiera sea dicha, viene del Espíritu Santo”⁴.

En la oración colecta ya mencionada, pedimos la gracia no sólo de imitar al Santo, sino también de “comprender sus enseñanzas”. De hecho, Santo Tomás es la fuente de una tradición de pensamiento del que se ha reconocido “la perenne novedad”⁵. El tomismo no debe ser un objeto de museo, sino una fuente siempre viva, según el lema de vuestro Congreso: “*Vetera novis augere*. Los recursos de la tradición tomista en el contexto actual”. Necesitamos promover, según la expresión de Jacques Maritain, un “tomismo vivo”, capaz de renovarse para responder las preguntas de hoy. Así, el tomismo continúa siguiendo un doble movimiento vital de “sístole y diástole”. Sístole, porque primero debemos centrarnos en el estudio de la obra de Santo Tomás en su contexto histórico-cultural, para identificar sus principios estructurantes y captar su originalidad. Después, sin embargo,

³ Carta apostólica *Lumen Ecclesiae* (20 de noviembre de 1974), 8: AAS 66 (1974), 680.

⁴ Ambrosiastro, In I Cor 12:3: PL 17, 258. Ver Santo Tomás de Aquino, *Summa theologiae*, Ia-IIae, q. 109, a. 1, anuncio 1.

⁵ San Juan Pablo II, Encíclica *Fides et ratio* (14 de septiembre de 1998), 43-44.

viene la diástole: volver a dialogar con el mundo de hoy, asimilar críticamente lo que es verdadero y justo en la cultura de la época.

Entre las muchas doctrinas esclarecedoras de Tomás de Aquino, sólo quisiera llamar la atención, como lo hice en la Encíclica *Laudato Si*, sobre la fecundidad de su enseñanza sobre la creación. No en vano, el escritor inglés Chesterton llamó a Tomás de Aquino “Tomás del Creador”. La creación es para Santo Tomás la primera manifestación de la estupenda generosidad de Dios, más aún, de su misericordia gratuita⁶. Es la llave del amor, dice Tomás, que abrió la mano de Dios y la tiene siempre abierta⁷. Luego contempla la belleza de Dios que resplandece en ordenada diversidad de criaturas. El universo de las criaturas visibles e invisibles no es un bloque monolítico ni pura diversidad informe, sino que forma un orden, un todo, en el que todas las criaturas están vinculadas porque todas vienen de Dios y van a Dios, y porque actúan unas sobre otras creando así una densa red de relaciones.

Santo Tomás de Aquino enfatizó sabiamente que la multiplicidad y las variedades provienen de la intención del primer agente, que quiso que aquello que le falta a cada cosa para representar la bondad divina fuera suplido con otras cosas, porque su bondad no puede ser adecuadamente representada por una sola criatura. Para esto, necesitamos captar la variedad de las cosas en sus múltiples relaciones. Por lo tanto, entendemos mejor la importancia y trascendencia de toda criatura, si está contemplada en el plan global de Dios⁸.

Por todo esto, queridos hermanos y hermanas, siguiendo los pasos de mis antecesores les recomiendo: ¡Vayan a Tomás! No tengas miedo de aumentar y enriquecer las cosas viejas con cosas nuevas. Les deseo un buen trabajo y los bendigo de corazón. Y te pido por favor que oren por mí. ¡Gracias!

⁶ Véase Santo Tomás de Aquino, *In IV Sent.*, D. 46, q. 2, un. 2, q. 2, a 1; *Summa theologiae*, I, q. 21, a. 4, anuncio 4.

⁷ Véase Santo Tomás de Aquino, *In II Sent.*, *Prologus*.

⁸ Carta Encíclica *Laudato si* (24 de mayo de 2015), 86.